

Podemos o la ilusión política de lo posible

Germán Cano

Una magnífica portada de *El Jueves* de abril de 2015 muestra a un Pablo Iglesias exhausto y desarrapado saliendo de una selva mientras abre paso a un immaculado Albert Rivera. «¡Por fin he abierto el camino del cambio! Me ha costado un huevo, pero ha merecido la pe...», así reza el texto de un Iglesias desconcertado ante la oportunista presencia de su impoluto acompañante a su espalda. Paradojas de la política: su lucha a muerte con su machete en un entorno tan hostil termina allanando el camino al que, viniendo detrás, le roba la cartera. «Ciudadanos a rebufo» era el título que encabezaba el sintético retrato de la nueva situación política española. Una viñeta sarcástica y lúcida. Pero también esclarecedora de la corrección inicial del diagnóstico que lanzó Podemos, para sorpresa y escepticismo inicial de muchos, hace algo más de un año y medio: ese era el frondoso, inédito y peligroso sendero que había que atravesar para alterar la correlación de fuerzas en un momento de paulatina descomposición orgánica del régimen bipartidista desde 1978.

Para ello había que salir primero de una doble pinza o bloqueo; por un lado, el existente entre el PP y el PSOE, con su inerte «turnismo» característico; por otro, el de una IU, ensimismada en su política de aparato y su falta de atrevimiento, y los movimientos sociales agrupados en torno al 15 M, con un ciclo de movilizaciones que, si bien recibió oxígeno con las «mareas», terminó dilapidando poco a poco, por comprensible desgaste, su fuerza en las calles. Más allá de esto, era necesario dar un paso adelante, arriesgarse a luchar sin garantías en la cuerda floja de la volatilidad ciclónica del malestar español contemporáneo en lugar de permanecer en las zonas de confort de las posiciones que se presumían más o menos aseguradas o simplemente esperando la madurez acumulativa de las condiciones sociales. ¿No corrobora la emergencia de Ciudadanos la lectura de Podemos de que las fuerzas de cambio solo podían provenir de un escenario ideológico más simplificado (desde los ejes de referencia tradicionales), pero pedregoso, ambivalente y afectivamente cargado? Significativo que muchos medios y comentaristas que se abalanzaron en un primer momento contra Podemos justo por hacer política en este territorio tan abrupto ahora sean los palmeros de quienes pretenden urbanizar por la derecha este mismo y complejo espacio des-

de Ciudadanos, pero esto exigiría otra reflexión. Algo está cambiando, desde luego. Que parte de los medios y de los poderes fácticos hayan entrado activamente, y a veces sin rubor, en la disputa significa que empieza a calar entre las elites la sensación de que el bipartidismo velador del Régimen del 78 está amortizado. El mensaje de alerta, no ciertamente en la botella del naufrago, del presidente del Banco Sabadell, Josep Oliu, sobre la necesidad de dar forma a un «Podemos de derechas», entendiendo por tal la creación y consolidación de un partido político que, sin formar parte de las élites extractivas del *establishment*, tenga la capacidad de defender un mayor peso del libre mercado frente a un parasitario Estado hiperregulador parece ser la nueva consigna de los admiradores españoles del Tea Party, así como síntoma de esta nueva situación de desagregación de las élites.

En estas tensiones nos encontramos hoy. Todo el malestar volátil que hoy aparece en los sondeos de opinión explica tanto la aceleración del tiempo político que se está produciendo en España como el hecho de que el debate mediático pivote cada vez más sobre el eje «vieja» y «nueva política» y menos sobre la alternancia bipartidista entre los dos partidos mayoritarios. Buena nota de estos desplazamientos han tomado las elites políticas y económicas más atentas, cuyos movimientos están empezando a orientarse a contener y dar forma a este potencial de cambio conforme a sus intereses según el esquema gramsciano de la «revolución pasiva» o «hegemonía por neutralización». Por tal se entiende una situación en la que las demandas que en principio desafían el orden hegemónico son recuperadas y absorbidas por el sistema existente, satisfaciéndolas de un modo que neutraliza su potencial subversivo.

En este contexto se inserta claramente la operación de Ciudadanos, la formación política liderada por Albert Rivera, cuyo proyecto pasa por desideologizar la política y superar los «obsoletos» antagonismos, redibujar la frontera que constituye la sociedad y afirmar el valor marca España contra el Estado y los políticos, identificados con la ineficiencia y un paralizante enfrentamiento. En esta línea la imagen de la coronación de Felipe VI, con una comitiva real, invisible, huyendo hacia adelante por las calles vacías de la Gran Vía madrileña, también resulta elocuente de la reacción llevada a cabo por las elites españolas. La en cierto modo adelantada abdicación de Juan Carlos I puede interpretarse así como un movimiento forzado hacia adelante, toda vez que no se produjo en el momento ideal, sino tras el funesto resultado electoral cosechado por el bipartidismo, cuya erosión producía por vez primera desde la Transición la impetuosa entrada en escena de un nuevo actor político como Podemos. Además de la dimensión cuantitativa de su voto (5 eurodiputados), esta irrupción modificaba la antigua correlación de fuerzas y de regímenes mediáticos de atención. El impacto mediático despertado, los feroces ataques defensivos por parte de los partidos del régimen y de sus ideólogos, o la instalación de nuevos significantes en el vocabulario político («casta») expresaban una emergencia cultural al menos tan relevante como la electoral.

En el comienzo fue, no obstante, la crisis económica. El pinchazo de la llamada «burbuja inmobiliaria» no solo ha puesto en España al desnudo el frágil esqueleto de un modelo económico muy coyuntural y ciertamente poco responsable en términos sostenibles, sino que ha terminado desinflando las expectativas que estas clases medias habían depositado en su futuro próximo. Si en las décadas anteriores se había impuesto el tránsito organizado de la «sociedad de proletarios» a «la sociedad de propietarios», en los últimos tiempos hemos asistido en España al desplazamiento acelerado de la «sociedad de propietarios» a una «sociedad de precarios».

Por muchas razones, no parece exagerado definir la situación española en los términos gramscianos de «crisis orgánica». Aunque no puede decirse que la crisis económica haya producido por sí misma todos los acontecimientos fundamentales, sí que ha creado, como señala Gramsci, «un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que hacen a todo el desarrollo ulterior de la vida estatal». Gramsci acuña el concepto de «crisis orgánica» para referirse a un proceso largo y complejo en el que es necesario distinguir «lo orgánico» de «lo coyuntural» y fundar a partir de ello las opciones de la iniciativa política. En estos términos lo ocurrido en España revela una crisis de los modos habituales con que se había constituido desde el 78 el pacto entre clases dominantes y dominados. De ahí la constatación de una situación de des-agregación masiva de la vida estatal. La clase dominante ya «no sólo no se expande sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos sino que se desprende una parte de ella misma (o al menos los desprendimientos son enormemente más numerosos que las asimilaciones)».

Este agrietamiento, sin embargo, no ha de conducir necesariamente a un nuevo planteamiento hegemónico, sino que puede dar lugar a una recomposición de la dominación. La viñeta de *El Jueves* expresa esto a la perfección. Una de las consecuencias más curiosas del agotamiento del Régimen del 78, en cuanto discurso ideológico de las élites con capacidad de movilizar y dirigirse al asentimiento de la población, es comprobar hasta qué punto su conservación, sobre todo en su última fase, dependía en gran medida de la envoltura de un clima destituyente. La Transición vivió en el desencanto crónico como pez en el agua. Más tarde, cada caso de corrupción, cada político encausado, cada descrédito institucional, lejos de cuestionar el orden estructural, era otro ladrillo más apuntalando un muro donde la palabra «política» paulatinamente se convirtió casi en un insulto; esta atmósfera aparecía como cortada para atomizar el malestar, una artimaña para sortear toda articulación colectiva de la frustración. En este sentido el Caso Bárcenas puede entenderse como el penúltimo ecosistema del PP: pesimismo antropológico y cuentas suizas. La sensación de cruda «indignación» ante la corrupción solo la ha estabilizado políticamente desde un cinismo de masas, máxime en un momento donde nuestro país, por así decirlo, había quedado desnudo de toda significación política con voluntad hegemónica. Del círculo vicioso de la

corrupción solo se salía desde una ilusión constructiva popular de cambio, sobre todo cuando hay, además, alguna opción no solo de participar, sino de poder ganar el juego.

Esta ilusión de cambio había quedado neutralizada por ese cinismo tóxico generalizado en el ambiente social, pero también por el éxito del dispositivo ideológico neoliberal a la hora de conformar un tipo de subjetividad hiperflexible y «emprendedora», incapaz de aprender del malestar de la crisis y de abrirse al horizonte de lo político. ¿Qué obstaculizaba la situación? Entre otras cosas, un bloqueo del deseo generado por el marco de que «no había alternativas». Esta resignación impedía abanderar la ilusión de lo posible y llevaba a sus abogados a ser condenados por los adversarios a aparecer ante la opinión pública como los ilusos de lo imposible. Entre otras cosas, esto se producía gracias una hábil hegemonización por parte del discurso neoliberal del valor «utopía», reducido peyorativamente al adversario; un mecanismo psicosocial en virtud del cual se asentaba la dominación de hecho a través de intoxicaciones climáticas mediáticas: generar la sensación de que cualquier cambio significativo de la situación era inalcanzable, imposible. El marco neoliberal ha triunfado definiendo en su beneficio el significado del valor utopía y blanqueando su propia dimensión inalcanzable del mercado autorregulado –utópica en tanto que irreal– como un discurso naturalizado, necesario y desideologizado.

Algunos científicos sociales, como J. Elster, han comentado la famosa fábula de la zorra y las uvas como un ejemplo de reducción de disonancias cognitivas, un mecanismo psicosocial que conduce a las personas a renunciar a su deseo con el fin de mantener una posible coherencia entre creencias en conflicto. Como es conocido, en la fábula, la zorra, al enfrentarse al hecho de que las uvas deseadas están demasiado alto y son inalcanzables, inventa para sí misma el subterfugio de que aún están verdes. De esta manera, reduce la disonancia entre dos cogniciones en conflicto (el deseo de conseguir las uvas y la imposibilidad de hacerlo) al agregar una nueva cognición (las uvas están verdes) que construye la coherencia de las creencias al precio de perder el deseo. Del mismo modo, una persona que inicialmente consideraba muy deseable cierto valor, enfrentado al hecho de entender que no tiene posibilidades reales de obtenerlo, podría modificar su opinión sobre él y tacharlo de irrelevante para salvaguardar su posición. Se trata de un acto orientado a desestimar el valor del objeto con el fin de reducir una posible situación de impotencia. Esto es, un modo de hacer de necesidad virtud.

Revertida por diferentes causas esta situación de necesidad y de imposibilidad en los últimos tiempos –«Sí se puede»– y habiéndose mostrado, por pequeñas que sean estas fisuras o agrietamientos, que el cambio era posible, Podemos y Syriza han despertado algo más que una ilusión política inédita. La han conquistado desde un primer y más importante bastión, el horizonte fáctico de la posibilidad. Ya no son fuerzas políticas «que están verdes», son fuerzas cuyas posiciones, por haberse ganado el derecho a ser alcanzables, pueden comenzar

a ser deseables. De este modo, se ha deshecho el embrujo, el bloqueo del deseo. Estamos jugando en el campo de lo posible. Es más, en el momento en el que tiene lugar la opción de que se «puede» ganar y que los perdedores pueden jugar en la liga de los poderosos, todo cambia. Por eso reducir esta ilusión de lo posible a una borrachera maximalista de expectativas, como se oye desde algunas voces de los movimientos sociales, puede constituir un error de perspectiva.

Desde una lectura en clave gramsciana, el 15M revelaba la presencia de un potencial popular contrahegemónico dentro de la sociedad civil que, pese a su situación de subordinación por no estatal, y a ser poco relevante en cuanto condensador de cambio por mera acumulación de fuerzas y luchas, sí cuestionaba con sus acciones y discursos las posiciones de poder y los automatismos que las clases dominantes trataban de establecer entre Estado y sociedad. Estos impulsos contrahegemónicos dibujaban el posible paisaje de una «guerra de posiciones» que podía modificar la correlación entre las fuerzas del Régimen del 78 y desplazar sus puntos de equilibrio.

Lo que no quedaba del todo visibilizado bajo las numerosas e interesadas fotos fijas que trataban infructuosamente de hacerse con una instantánea apresurada del acontecimiento –por ejemplo, la de «los indignados» como sujetos victimistas aislados del humus social,– era una lectura del 15M en términos de un campo de fuerzas en proceso de recomposición, una descripción de sus diversas y plurales tendencias en liza. Para eso era necesario ir más allá de la idea de que esta emergencia se planteaba solo los problemas que estaba en condiciones ella misma de resolver internamente y ver aquí un escenario político más abierto, donde se estaba anunciando algo nuevo que anticipaba y llamaba a una construcción hegemónica de futuro en virtud de un potencial de sentido común mayoritario. Si algunas lecturas mediáticas han sido decepcionantes o se han convertido en clichés que no terminan explicando nada es básicamente porque no han sabido advertir qué lo importante del 15M no era tanto una foto fija, sino el desplazamiento de placas tectónicas que señalaba respecto al Régimen del 78.

Pese al interés de las corporaciones políticas y mediáticas en encasillar a Podemos como «el partido de la ira» o el «desprecio», mera consecuencia reactiva y, por tanto, «bárbara», de un conglomerado de expectativas e intereses provisionalmente defraudados por la crisis económica, lo que está en juego aquí es algo cultural y sociológicamente más decisivo y constructivo. Nada menos que un inédito retorno de la política y la capacidad de influir desde la ciudadanía en la toma de decisiones. La incapacidad o, a veces, la comodidad de los diagnósticos que se limitan a analizar Podemos desde la ilusión óptica de un fenómeno reactivo de descomposición de un sistema político agarrotado y superado por los nuevos tiempos dejan pasar un dato importante: la entrada en escena de una nueva composición social que está transformando la geografía social desde abajo y que, harta de los cantos de sirena de la distinción neoliberal y su reinención continua –«todos emprendedores»–, se resiste a dejar de decidir sobre su derecho al futuro.

En esta crisis de régimen no puede dejarse de lado en qué medida este derribamiento de naipes también terminó arrastrando a la Izquierda clásica y algunas de sus inercias. No tanto por error de cálculo como por su exceso, una actitud que le impedía dar un paso atrás y abrirse a una complejidad que requería una renovación de algunos modelos de comprensión social e histórica procedentes del marxismo. En la incapacidad de transmitir adecuadamente ciertas «verdades» y luchas, por otro lado correctas, y más preocupada en pensar en la demarcación urgente de posiciones que en las zonas ambiguas donde se albergan fuerzas de resistencia volátiles a la espera de su activación y las ilusiones políticas de las masas, esta Izquierda chocaba una y otra vez contra un muro de incompreensión justo por no trabajar en los territorios más movedizos e irregulares del descontento social.

Ejemplos como la PAH, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, ponían en cambio de manifiesto hasta qué punto resultaba ilustrativo políticamente la construcción de prácticas o gramáticas que no confiaban tanto la oportunidad en seguir automáticamente el movimiento de la realidad y el desarrollo inmanente de sus contradicciones y luchas como en la construcción colectiva de redes de protección que ofrecieran sentido colectivo a gente común, incluso hasta ahora no politizada; mallas que recogían estas urgencias y necesidades en proceso de caída libre. Por decirlo en otras palabras, «con lo que estaba cayendo» –expresión de resignación en la que se condensa el éxito hegemónico neoliberal–, no se trataba de acelerar la caída de la gente o de despertar y actualizar desde ahí automáticamente su conciencia social de clase, por ejemplo enfatizando la condición miserable del desahuciado (óptica miserabilista y de pauperización frecuente en otras épocas); ni tampoco de abogar por el «cuanto peor mejor»; se trataba de *sostener* antes que *dejar caer*, de crear desde ahí espacios abiertos a nuevas experiencias de lo común y de resistencia. Quizá por ello nada se mostró más contraproducente que resistir al shock neoliberal con políticas de movilización por aceleración o solo orientadas a nadar a favor de la crisis.

Hemos de tener en cuenta, por otro lado, para comprender la idiosincrasia de Podemos dentro del espacio mediático español, que, por diferentes razones, la izquierda mayoritaria o lo que ha sido así llamada en las últimas décadas (PSOE) solo fue capaz de construir una hegemonía política efectiva al abrigo de un modelo de liberalización económica y de ciudadano consumista que hoy muestra claramente grandes fisuras. De este modo no hizo sino allanar el camino al gobierno con más voluntad hegemónica del Régimen del 78, el de José María Aznar, cuya «revolución conservadora» guiada por el think tank de FAES consolidó e impulsó hacia la derecha más conservadora ese modelo previo.

Asimismo, si algo ha caracterizado a los partidos de la «izquierda» no mayoritaria desde el Régimen del 78 fue su absoluta incapacidad hegemónica para trabajar y articular sentido común con y desde estas gramáticas mediáticas. En este sentido La «Movida» madrileña y toda la Cultura de la Transición (CT) impulsó

hegemonicamente un modelo decididamente no popular e incluso antiplebeyo, un modo de neutralizar desde los valores en alza de la distinción y la «modernidad» no pocas prácticas culturales y simbólicas subalternas desviando sus energías populares. Podríamos decir que, paralelamente a la aparición cinematográfica del llamado «destape» frente a la censura anterior, el nuevo horizonte de presuntas libertades en los medios generó la construcción de un nuevo espacio público definido por la contracción de los espacios de socialización que la oposición al franquismo había habitado con tenacidad durante la clandestinidad; el desarrollo de formas efectistas de hacer política; una tendencia al personalismo carismático de los líderes políticos y una apuesta acrítica por las ilusiones de la homologación con los valores de la entrada en el espacio europeo.

A la luz de estos rasgos, la CT generó un espacio público de «consenso» donde escasos medios constituyeron para muchos ciudadanos la única fuente de información y socialización política. Su aparente pluralidad en realidad escondía una profunda homogeneidad de contenidos. La historia de la izquierda en la Transición se explica atendiendo a su ausencia objetiva de espacio mediático de masas, así como de su propia incapacidad o reticencia para introducir formas mediadas de relación con la sociedad en un contexto ya por lo demás hostil. El consenso mediático de la CT, que ya había condenado a la exclusión a cualquier posición crítica, fue doblemente asumido y reforzado por esta cultura de oposición al hacer muchas veces de necesidad virtud, despreciando y subestimando la importancia de este enclave hegemónico respecto a los espacios antagonistas donde se expresaba el conflicto de forma directa.

En términos políticos, esto implicaba para Podemos hacerse cargo definitivamente de una consecuencia muy concreta que, no por conocida, había sido suficientemente explorada en la práctica política concreta anterior, a saber, que junto al hasta ahora rol protagonista de la clase trabajadora y su función histórica en la lucha social debían ser tenidas en cuenta otras emergentes fuerzas sociales, también críticas incluso en un sentido no muy definido en términos ideológicos. Por fuera de los espacios de trabajo cabía vislumbrar otras alianzas potenciales con fuerzas transformadoras no convencionales desde un discurso ortodoxo de Izquierda clásica. De ahí el interés por revisitar, en un nuevo contexto histórico –la hegemonía neoliberal y su crisis–, la lectura gramsciana y su lúcido diagnóstico tras la derrota de la izquierda en manos de las nuevas fuerzas de repliegue, en ese momento histórico fascistas.

En un momento de crisis orgánica, cuando, por repetir una vez más la célebre cita de Gramsci, lo viejo no termina de morir, y lo nuevo no termina de nacer, resulta políticamente inoperante buscar demarcaciones claras y distintas de sectores y fuerzas de la topología social. Frente a esta tentación, es preciso trabajar tentativamente con composiciones complejas y ambiguas o, como escribe Gramsci, «morbosas». Aceptando en tiempos de crisis esta lógica de la «hibridación» frente a la de la «depuración» –la crisis como momento de autenticación de

comportamientos– o «segregación» –demarcación de identidades impuras–, se imponía así la necesidad de una política comunicativa más experimental que prescriptiva, así como una mayor sensibilidad a los fenómenos psicosociales de masas y a la importancia de las redes sociales. Estas nuevas herramientas habían sido ya testadas en espacios universitarios y cooperativos en años anteriores y eran fruto de procesos de aprendizaje políticos diferentes de los predominantes anteriormente.

Todo ello implica asumir positiva y experimentalmente esa situación «moribunda» de transición en la que supuestas anomalías, disfunciones y contratiempos adquieren una nueva luz. No solo porque no dar la batalla política en ese terreno irregular y ambivalente significa sencillamente regalarlo a las fuerzas de la reacción y las inercias de la descomposición, sino por la necesidad de ampliar el espacio emancipatorio de lo posible desde un discurso contaminante no tan enamorado de su racionalidad y su superioridad teórica respecto a las masas populares. Aquí, abandonar la impureza y no dar la disputa en ese campo embarrado buscando el repliegue en cualquier forma de identidad o en las siglas de una Izquierda demasiado convencida es un error político. Había, pues, que articular, retroceder y desalojar del discurso no solo los mitos «explosivos» (Gramsci), sino las ilusiones históricas de repliegue propias de la Izquierda social o más movimientista.

Con estos mimbres, la insolencia política de Podemos, su estatuto de «hijo ilegítimo», por así decirlo, en relación con las restantes formaciones políticas, radica en que no entra en escena desde la «necesidad» del hecho consumado o desde la consigna de «concentración» de los espacios sociales dados o potenciales, sino, por un lado, en la contingencia de una situación de urgencia muy concreta y, por otro, desde una voluntad de articulación muy amplia de demandas y frustraciones sociales aún por desarrollar y construir, una apuesta que se introduce preferentemente en las fisuras de los espacios ya normalizados. Un dispositivo de hibridación donde la confluencia de diversas fuerzas críticas dentro de la Universidad, asociaciones como «Contrapoder», Juventud sin Futuro o espacios televisivos alternativos como *La Tuerka*, un auténtico laboratorio de comunicación en nuevos formatos, genera una lógica política y una sensibilidad militante diferentes.

Una de las preguntas que Podemos ha puesto sobre la mesa es si los límites de la militancia y del activismo político, por importantes que estos sean y hayan podido ser, son los límites de la acción política. Hoy los espacios de la politización no pueden ser solo, por relevantes que hayan sido y aún sean, las fábricas, los centros sociales y las plazas. Por influyente que sea, tampoco el dispositivo tecnológico democratizador de las redes sociales es capaz por sí mismo de generar todo el sentido político, como se mostró en el resultado del Partido X en las últimas elecciones europeas en España.

Por decisivo y necesario que sea el «empoderamiento» desde abajo, esta fuerza por sí sola es ciega si no se acompaña de un marco hegemónico lo suficientemente fino como para adecuarse a la coyuntura. Estas ideas han sido patrimonio de la Izquierda activista y de los movimientos sociales. Con ellas han hecho un trabajo importantísimo de resistencia a la ideología neoliberal, pero también han conducido a una ilusión óptica: sobrestimar la fuerza social y subestimar las tramas mediáticas que dan sentido a la vida de las sociedades contemporáneas, por definición fragmentadas y plurales, escindidas. Una estructura organizativa que no dispute política y culturalmente significados con el poder mediático también en el bar, la peluquería y el salón de estar corre el riesgo de arrinconarse y dispersarse, aunque se comprenda como insobornablemente horizontal y democrática.

No hay por ello que entender en absoluto el ilusionante «podemos» de Podemos como un voluntarismo suspendido sobre las determinaciones económicas y sociales. No faltan en la actualidad las apelaciones a ese sujeto flexible, fluido, sin gravedad social, porque ha sido la ideología neoliberal quien mejor ha hegemonizado esta ilusión en el campo social individualizando ese malestar, bien reduciéndolo a queja privada, bien como acicate para el buen emprendimiento. Ahora bien, fue justo ese rotundo «yo puedo» eufemístico de cariz estoico el que reveló sus fracturas en las protestas del 15M. Fue la estela de la consigna «Sí se puede» la que nos mostró un desplazamiento de ese espejo inexorable que nos mostraba el horizonte bipartidista, pero poniendo de manifiesto un tipo de fuerza política diferente del dispositivo neoliberal. De ahí que el «podemos» de *Podemos* surja más bien del encadenamiento colectivo de muchos dolores que hasta ahora por diversas razones no encontraban salida o gramática políticas.

En un cuerpo social fragmentado y herido por la crisis este encadenamiento de malestares se entiende así más bajo la imagen de una «sutura» de muchas impotencias y pasividades de distinta naturaleza que como una agregación de potentes demandas ensimismadas o de comportamientos individuales atomizados –versión liberal de la construcción del sujeto; más como un proceso de formación tentativa y de aprendizaje político desde el que de modo performativo los discursos dan sentido a los intereses y los intereses abren el camino a los discursos que como una intervención oportunista en la realidad y en sus grupos sociológicamente constituidos.

Partiendo de la experiencia boliviana en el año 200, Álvaro García Linera ha definido el concepto de «efecto de gravedad fuerte»¹ como la capacidad de «curvar» el espacio político, esto es, la fuerza política que puede acreditar una propuesta para anular o superar –temporalmente– otras alternativas políticas discursivas convirtiéndolas en satélites de un determinado eje o vórtice gravitacional. En la medida en que el MAS en Bolivia pudo imponer, anulando el espacio semántico existente de la derecha, una nueva fuerza de gravedad política, produjo un corrimiento al «centro» en términos hegemónicos: desde él todas las

propuestas políticas dejaron de cuestionar la nacionalización o la participación de las organizaciones sociales, y simplemente comenzaron a hablar de «ajustes» en torno a este único núcleo discursivo, que se antojaba irreversible: «El que el MAS ocupe el centro político –escribía García Linera– no significa que se hayan abandonado propuestas o principios; al contrario, significa que esos principios y propuestas de izquierda se han convertido en un “sentido común”, en un *horizonte de época* unánime –con tanta fuerza de atracción, que a los que tenían posiciones de centro o de derechas, no les queda más que cambiar de posición “izquierdizándose”–, y al hacerlo, ha convertido a su vez a la izquierda en el “centro” de gravedad política».²

En cierto sentido, cabe definir a Podemos en los términos de una «curvatura política» semejante. En la medida en que ha introducido conceptos nuevos como «casta» o abierto el debate a cuestiones no visibilizadas por el régimen de atención impuesto desde arriba, ha ampliado ya el horizonte de lo político de un modo irreversible.

«¿Es posible –escribía Gramsci– que una nueva concepción se presente “formalmente” con otra vestimenta que la rústica y confusa de una plebe? Sin embargo el historiador, con la perspectiva necesaria, llega a fijar y a comprender que los inicios de un mundo nuevo, siempre ásperos y pedregosos, son superiores al declinar de un mundo en agonía y a los cantos de cisne que éste produce».³

Resulta tentador definir el momento español, a tenor de lo aquí expuesto, como la hora de la lucha entre una nueva política social, de contornos aún no nítidos, pero con paso firme, y los cantos de cisne del Régimen del 78, cuyo agotamiento hoy se expresa en una proliferación de actitudes defensivas, pero también en una sintomática sofisticación y proliferación teóricas a la postre estériles en términos políticos. El hecho de que se esté reduciendo el espacio de entendimiento entre estos dos paradigmas parece convertirse en un signo de nuestro tiempo, pero también que, en este espacio de incertidumbre sin garantías, florezcan propuestas de regeneración desde dentro, como la de Ciudadanos, orientadas a absorber el malestar apuntalando el *statu quo*.

Tan hondo también ha sido el abismo abierto en la historia reciente de España entre el lenguaje de las elites políticas de la Transición y sus representados y tan replegada en su burbuja programática la posición de la Izquierda tradicional que hoy, en el siglo XXI, de nuevo –como, salvando distancias, en escenarios históricos anteriores como la Weimar de los años treinta, toda iniciativa política transformadora que se considere realista de un modo no ingenuo ni oportunista, está obligada a rebajarse, balbucear y hacerse entender en un lenguaje emancipador más elemental y experimental, pero también menos identitario. Es una condición básica si no quiere volver a repetir el error de regalar a los bárbaros de la derecha social el monopolio de la comunicación con este mundo desintegrado y la posibilidad de que esa rabia y ese malestar se deformen autoritariamente bajo formas neofascistas o de resentimiento antipolítico. Entrar como avanzadilla «en

campo enemigo» para destensar y neutralizar esa posibilidad requiere ser más sensible, y menos apocalíptico, respecto a las lógicas de la sociedad de masas, pero también abrazar una nueva reflexión sobre las dinámicas «populistas» –ese fantasma de nuestro tiempo– que conduce a extraer no pocas lecciones políticas de las experiencias latinoamericanas.

En esa apasionante encrucijada el proyecto de Podemos ha emergido en España como herramienta de la ciudadanía y medio de transformación sociocultural. Será el tiempo el que ratifique si su propuesta contenía elementos susceptibles de reconfigurar de raíz la fisonomía política del país o se trataba de una expresión epidérmica más de la crisis del Régimen del 78. En este artículo, sin embargo, hemos defendido que es la posición hegemónico-popular la que nos ofrece una cartografía más afinada para dar cuenta de los procesos de sedimentación de las transformaciones sociales, de sus inercias y de sus marcos de subjetivación sin mistificaciones acerca de un poder popular que ha de ser objeto más de renovada construcción política que de simple recuperación. Un «podemos», en definitiva, que, no entendiéndose al margen de los fracasos históricos y, en concreto, de la derrota sufrida ante la ofensiva neoliberal desplegada desde la década de los setenta, sigue, pese a todo, manteniéndose fiel a un deseo emancipador.

NOTAS

- 1 <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=191717>
- 2 *Ibíd.*
- 3 Gramsci, A., *Introducción a la filosofía de la praxis*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 37.

.....
GERMÁN CANO es Profesor de Filosofía Contemporánea en la UAH y Consejero Estatal de Podemos por el Área de Cultura.